

Galería de asombros

Antonio Pereira

Me gusta contar

En el muestrario de frases célebres destinadas no tanto a ser pensadas como a ser repetidas figura una que la costumbre viene atribuyendo a Heráclito: "Nadie se baña dos veces en el mismo río", se dice que dijo el filósofo.

Creo que este aforismo puede servir para explicar sin demasiada inexactitud algo que he notado al terminar muchos de los relatos de este libro, y ese algo es un impulso o urgencia que no he sabido desatender ni rechazar siempre: volver a leer el cuento, y no ya sólo para concederme el placer de demorarme en las sorpresas de un lenguaje brillante y fingidamente oral que incorpora muy variados registros, sin cejar en la constancia de otorgarnos algún hallazgo feliz en cada página, sino para intentar descubrir qué pasos ha seguido Pereira para infundirle al cuento tan hondo efecto estético, un efecto en el que no es difícil reconocer eso que hemos convenido en llamar felicidad o perfección.

Bernardo Soares habla en alguna página de su diario de la tristeza que lo sobrecoge ante la incapacidad de poder sentir de nuevo la emoción de un libro o un poema que le había conmovido hasta las lágrimas en la primera lectura. Esto no ocurre con «Me gusta contar», una verdadera galería de asombros, porque la relectura de los cuentos de Antonio Pereira es a menudo la lectura de cuentos nuevos, como sucede con el río de Heráclito. Es en este segundo acercamiento cuando el lector se rinde definitivamente al extraordinario y complejo saber narrativo de Pereira, un saber que, en mi opinión, se apoya sobre todo en el hábil empleo de la elipsis y la sugerencia. Mallarmé desbarató el fetichismo de la exactitud en el poema y eligió una forma más ambigua y esquiva de poetizar. "Nombrar un objeto -decía- es suprimir las tres cuartas partes del goce del poema, que consiste en la felicidad de adivinarlo poco a poco". Perseverando en esta creencia, y haciendo hincapié en la función pragmática del arte, Umberto Eco desembocará en la concepción del relato como obra abierta.

Pues bien, muchos de los cuentos que ha agrupado Pereira en «Me gusta contar» -una selección de relatos ya publicados a los que agrega el suplemento de algunos inéditos- concluyen precisamente con un final abierto, una preferencia ésta no caprichosa sino coherente con lo que podríamos denominar poética del autor. Creo que es de esta vocación por el desenlace aplazado, y sobre todo por el juego

concebido menos como pasatiempo inerte que como ejercicio de la inteligencia, de donde surge la petición de complicidad entre Pereira y el lector. «Cuentos para lectores cómplices» titula un libro suyo. Con todo, sus lectores no pueden pertenecer a otra estirpe. ¿Cómo iba a ser de otra manera si el narrador leonés construye sus ficciones no tanto por acumulación como por supresión de elementos; Séneca argumentaba que todo lo que no es necesario es superfluo. Y lo mismo debe de pensar Pereira a la hora de emprender la tarea de escribir, pues los datos que el narrador nos oculta, y que a simple vista juzgaríamos necesarios para la cabal intelección de la fábula, sólo nos parecen esenciales si hacemos una lectura apresurada del relato. Si lo leemos con detenimiento, tal como proponía Nietzsche, y más aún si lo releemos, advertimos con asombro que allí no sobra ni falta nada. Yo creo que Pereira, si quisiera, sería capaz de escribir la Biblia en dos folios sin que el teólogo más memorioso echase en falta el contenido o el matiz de un sólo versículo.

Estructuralmente, «Me gusta contar» consta de cuatro apartados temáticos. *Mundo ni ancho ni ajeno* admite cuentos que transcurren en Moscú, en Lisboa, en Acapulco, etc., y por los que deambulan figuras de escritores como Truman Capote, Borges o Ledo Ivo. En el segundo bloque, *Historias del noroeste*, descubrimos una ciudad visigoda, el erotismo de la espalda de Elisa, la crueldad de una mujer que aguarda la muerte de un ser querido antes de que sea demasiado tarde y se le marchiten las flores ya compradas, o el viaje de un obispo que sigue el itinerario de un secreto personal nada celeste. *Cuentos de Madrid*, el tercer epígrafe, se aplica a mostrarnos las vicisitudes de un vendedor de licores, las dudas morales de un escritor que ha de entregar un cuento de encargo para las páginas de un periódico en verano, o cómo una conferencia en la Escuela de Letras puede ser un excelente ejercicio de metaliteratura y una lección práctica sobre qué es y cómo se escribe un cuento. Finalmente, episodios de un pasado nacional inmediato, y aún doloroso, que no merecen caer en el olvido para evitar su repetición integran *Antes que el tiempo muera en nuestros brazos*.

Pese a la variedad temática, las diferentes técnicas narrativas empleadas y la combinación de distintos puntos de vista, todos y cada uno de estos setenta y pico cuentos parecen repetirnos la noticia de que Antonio Pereira (dueño de un universo narrativo personal que reniega de la extravagancia o de los embrollos argumentales, y dueño también de ese estilo de sobria y trabajada sencillez que nace de la vigilancia y la depuración constantes, y que él domina como nadie, de ahí que sea tan difícil imitar) lo consigue asombrosos efectos poéticos.

Estos cuentos son copas alzadas en honor del humor refinado, de la ternura, del erotismo, de la vida, en fin; pero sobre todo en honor del noble de arte de contar.

Fernando Sánchez Alonso